

EL NIÑO QUE SOÑABA CON TENER UN TAMBOR

Manolito, nació allá por 1.948 en un pueblecito Extremeño de la comarca de las Villuercas, Llamado Alía, en la provincia de Cáceres; más concretamente en la calle del Cerrillo, en el seno.

De una familia de jornaleros muy pobres. Era el mayor de cuatro hermanos y desde pequeño le gustaba mucho leer.

De muy pequeñito iba a la Escuela de la Tía Luciana la “Bocapuchero”, que vivía en un Corralón de la Calle del Cerrillo. Luego, a la Escuela de Don Vicente y después, a la de Don Isidro. Hasta que, a punto de cumplir los ocho años, obligados por la situación de penurias por las que pasaban, sus Padres se vieron obligados a sacarle del Colegio, y le colocaron de Cabrerillo con el Tío Vicente, que tenía Comercio y Carnicería, para que ayudara en el sustento de la Familia.

A partir de entonces, a Manolito ya no le quedaría tiempo para jugar con sus Amigos, al Aviso, a Churro media manga, a Pídola, a los Bolindres, al Peón.....

Pero a él, eso no era lo que más le importaba; a su tierna edad, Manolito ya era consciente que tenía que ayudar a su Familia. Y además, en el Campo podría juntarse con otros niños, que como él, hijos de familias humildes, también eran Pastores o Cabrerillos, o porqueros

Su Padre, como era jornalero, unos días tenía trabajo y otros días no; el día que no tenía trabajo, aparejaba una Burra negra que tenía, llamada Charito y se marchaba al Campo a por una carga de leña que luego vendía ó cambiaba en una especie de “Trueque”, por alguna barra de pan ó algún que otro alimento, o ropas aunque fueran de segunda mano, para ayudar en el sustento Familiar.

Su Madre, a parte de los cuidados propios del Hogar, siempre que hubiera algún jornal que ganar, allí estaba ella dispuesta:-bien fuera a cavar garbanzos o patatas, escardar los sembrados de las malas hierbas, espigar, recoger bellotas, higos o aceitunas, etc...

A parte de eso, todos los días traía una “Mandilá” de hierba, una cesta de higos o de bellotas, cuando era la época, para una Guarra de cría que tenían, porque dinero para piensos no había.

Los Lechoncillos que criaban, los vendían o los cambiaban por otros productos necesarios para el día a día.

Manolito, como le gustaba mucho la lectura, consiguió que su Abuela paterna que se llamaba María, le comprase un Tebeo del Capitán Trueno, su héroe favorito, que después de leerlo lo cambiaría por otros tebeos, con los demás Niños del Pueblo. A su Abuela materna, que se llamaba Aurelia, llegó a conocerla, pues murió muy joven.

También su Abuela le compraba una pequeña revista que se llamaba “El Buen Amigo”, y que él se la leía en un santiamén. Otras veces, venían forasteros, generalmente ciegos, voceando por las calles del Pueblo “Romances” con los sucesos más recientes acontecidos, escritos en cuartillas de colores y que vendían a una perra gorda (equivalente a diez céntimos de aquel entonces) y su abuela también se los compraba.

Su Abuela, que era profundamente muy creyente, le hablaba de Dios, de la Virgen, de los Santos y

De los Milagros como por ejemplo aquél de San Antonio que encerró a todos los Pajaritos en un establo para que no se comieran el sembrado. Pero su Abuela, nunca iba a Misa, decía que no creí en los Curas porque eran Hombres como los demás.

Un buen día, cuando su Abuela le hablaba de que Dios era Padre de todos los Niños y que por lo tanto debíamos de respetar, Manolito le preguntó:

-Abuela, si Dios es padre de todos los Niños ¿porqué unos Niños van tan bien vestidos, van al Colegio y tienen muchos juguetes, y otros no?;

Pues en mi casa mi padre nos trata a todos por igual. A lo que su Abuela, que no se esperaba esta pregunta, le contestó que cuando fuese mayor lo entendería.

Por las noches, después de la cena, Manolito iba a las clases nocturnas que daba Don Fernando, un Guardia Civil retirado, en la Casa que pegaba a la Tía Sandalia, cerca del Porción.

Y mientras todos estos aconteceres diarios iban pasando, Manolito soñaba día tras día con una de sus mayores ilusiones, conseguir un Tambor para tocarlo en Nochebuena; pues él ya se había hecho mayor, que leñes, y alguno de sus amigos ya lo tenía y él no.

El no se atrevía a pedir nada a sus Padres, pues bastante tenían ellos con dar de comer y vestir a la Familia. Tampoco a su Abuela, ella la pobre ya le daba más de lo que podía.

Manolito, todas las mañanas se levantaba antes del ser de día, tenía que echar de comer a las cabras un poco de cebada, avena ó algarrobas envuelto con paja y después ordeñarlas. Luego de desayunar, migas como casi todos los días, con algún torreznillo, y al final, las últimas, bañadas con un poquito de suero, que se encargaba de confeccionar Chéncho, el Criado ,mientras esperaba a que comieran las Bestias para trabajar en el Campo, Manolito marchaba con las Cabras al Monte :

-unas veces a las Cuerdas de Valmorisco, otras a la Míguela o la Piedra, al Cerro del Gavilán, al Cerro las Huertas, al Valle, o Rio Guadalupejo arriba, empezando por el Molino del Tío “Pringoso”, pasando por el Barranco la “Jiguera” hasta el Olivar de la Tía Emilia, lindando ya con tierras de Guadalupe.

!!Qué ir y venir de Gente por el Camino el Rio;¡había gente por todas partes:- los Molinos funcionaban casi todos, las Huertas rebosaban de frutas, verduras y hortalizas. Campesinos labrando sus Campos, Mujeres lavando en el Rio, Cabreros y Pastores por doquier, Borriquillos cargados de leña para la lumbre, y hasta los Peces nadaban sonrientes por las aguas cristalinas del Rio Guadalupejo.

Entrado ya el mes de Noviembre, Manolito contaba los días que faltaban para que llegase la Nochebuena y él no veía la forma de conseguir el dinero necesario para comprar los artilugios para la fabricación de su ansiado Tambor. Sobre todo la Piel, porque tenía que ser de cordero, que después de la de perro era la que mejor tocaba, y esa era la más cara.

Por fin, una noche en la cama, vio la luz al final del túnel, tenía que hablar con la Tía Basilisa la Ranra y con la Tía Petra del Tío Rufo, pues las dos cebaban cerdos para la Matanza y seguramente ellas le comprarían las bellotas (farracas) que él traería todos los días y así juntaría el dinero necesario para comprar la dichosa piel de cordero.

Manolito tuvo suerte, al día siguiente fue a hablar con ellas y las dos Señoras le dijeron que si que les trajera todas las bellotas que pudiera, que ellas se las pagarían bien.

Así es que dicho y hecho, todos los días Manolito traía su morral lleno de bellotas, un día para la Tía Basilisa y otro para la Tía Petra, que le daban su dinerito.

Cuando juntó las cuatro pesetas que valía la piel, se fue corriendo en Casa del Tío Potoco que tenía Carnicería compró su deseada piel de cordero. Luego Manolito juntó otra pesetilla más que costaban las cuerdas y los cordelillos y también los compró.

Su amo, el Tío Vicente, como tenía comercio, le había prometido que le regalaría una lata grande de las de conservas cuando quedara vacía, para que sirviera de caja para el tambor.

Casualidades de la vida, ese mismo día quedó vacía la lata y el Tío Vicente se la regaló. Para los aros ya tenía preparadas dos ramas largas de zarza peladas. Y esa misma noche se lo llevó todo a su Tío Eusebio Pitirre que había sido Tamborilero en la Mili, para que le fabricara el Tambor.

Esa misma noche, el Tío Eusebio, se lió con la faena, y al día siguiente su obra de arte estaba terminada. Después hubo que secarlo a la lumbre durante varios días.

Manolito iba todas las noches a ver como estaba de seco su tambor. Que alegría se llevó, la noche que al regresar de la escuela de Don Fernando, oyó tocar al Tío Eusebio el Tambor, su Tambor.

Qué bien sonaba, era de piel de cordero, no podía tocar mal.

El Tío Eusebio, le enseñó a tocarlo durante varias noches, y cuando ya se defendía un poquito se lo llevó a casa; no había dicho nada a sus Padres, los cuales se llevaron un grata sorpresa.

A partir de entonces, todas las noches, Manolito tocaba su flamante tambor en casa, acompañado de su Padre con la zambomba y su Madre con el almirez, cantando cantares de Nochebuena.

Por fin llegó el día deseado. Mejor dicho, la noche, Nochebuena.

Después de la cena, Manolito se juntó con sus Amigos, como todos los años para recorrerse las calles del Pueblo cantando los cantares de siempre;

-aquí tienen algunos:

- Estas puertas son de vidrio y el cerrojo de cristal, las amas que están en dentro.....

-Caramba pica y pica, caramba pica y pez.....

-Una Paloma Blanca como la nieve, me ha picado en un dedo, como me duele...

-Los Ratones de mi Casa han cogido una costumbre.....

-De Talavera palla, han cogido a un Burro preso.....

-Si el Zapatito se rompe, llévalo en ca el Zapatero.....

Y así, decenas de cantares, hasta quedar ronquitos y agotados.

Cuando se encontraban con algún otro grupo, de los muchos que había, se picaban unos con otros a ver quien hacía más ruido con los Tambores

.Que orgulloso estaba Manolito con su Tambor, esta noche sí que era diferente a todas

Las demás, era Mágica como las de los cuentos de Hadas.

Algunos de sus amigos que todavía no tenía Tambor, le pedían que se lo dejara un ratito, y él orgulloso se lo dejaba, no sin antes advertirles, tened cuidado de no romperlo, que tiene que servir para el año que viene y para muchos más.

Ya de madrugada, Manolito se fue a la cama, cansado, pero inmensamente contento y satisfecho al ver que por fin, su sueño tan esperado, se había cumplido.

Moraleja: -si de verdad quieres conseguir algo muy deseado, lucha por ello con todas tus fuerzas, ya verás cómo lo consigues más pronto que tarde.